

# EL CEREMONIAL DE LA MUERTE EN LA MONARQUÍA HISPÁNICA. EL PRÍNCIPE DON BALTASAR CARLOS DE AUSTRIA (1629-1646)\*<sup>1</sup>

GLORIA ALONSO DE LA HIGUERA | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

## RESUMEN

La muerte del Príncipe Baltasar Carlos ofrece una imagen nítida de la Monarquía Hispánica en la década de 1640. A través de sus ceremonias descubrimos aspectos claves de la constitución del Estado y la evolución de su ceremonial y relaciones cortesanas. Del mismo modo, los rastros textuales de estas ceremonias reflejarán las consecuencias políticas y morales de esta muerte en la Monarquía y en la conciencia de sus vasallos.

## PALABRAS CLAVE

Monarquía Hispánica, ceremonial, muerte, exequias, Baltasar Carlos, 1646.

## ABSTRACT

*The death of Prince Baltasar Carlos offers a sharp image of the Spanish Monarchy in the decade of the 1640's. Through its ceremonies we find out key aspects of the constitution of the State and the evolution of its ceremonial and courtesan relationships. In the same manner, the textual traces of these ceremonies will reflect the political and moral consequences of this death for the Monarchy and the conscience of its vassals.*

## KEYWORDS

*Spanish Monarchy, ceremonial, death, exequies, Baltasar Carlos, 1646.*

---

\* AAZ: Archivo Arzobispal de Zaragoza; ACA: Archivo de la Corona de Aragón; ACSZ: Archivo de la Catedral de La Seo de Zaragoza; AGI: Archivo General de Indias; AGP: Archivo General de Palacio; AHPZ: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza; BME: Biblioteca del Monasterio de El Escorial; BN: Biblioteca Nacional.

<sup>1</sup> El I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna nos permitió exponer una breve muestra, las primeras conclusiones de un trabajo de investigación mucho más extenso sobre la muerte del Príncipe Baltasar Carlos de Austria y sus implicaciones políticas, morales y ceremoniales en la Monarquía Hispánica a mediados del siglo XVII. Del mismo modo, el presente artículo recogerá, aunque de manera más prolija, los principales aspectos de aquel estudio, un recorrido por los momentos más significativos de

El miércoles 17 de octubre de 1629, tras la serie de embarazos completos, pero finalmente frustrados que había sufrido la Reina Isabel de Borbón, nació, perfectamente sano, en el Palacio Real de Madrid, el ansiado heredero de la Monarquía Hispánica. El nacimiento de Baltasar Carlos, como se percibe a través de la lectura de las relaciones de los festejos celebrados y de los sermones publicados con motivo de este feliz suceso, desataría la alegría de unos reinos deseosos de criar este príncipe que aseguraría la delicada sucesión dinástica, y con ella, la continuidad de la Monarquía: «Que dar a un Reyno un principe heredero, que otra cosa es, que darle nueva vida.»<sup>2</sup> Sin embargo, tras esta alegría se escondía otra motivación fundamental. No en vano, el nacimiento del Príncipe fue percibido como un signo del amparo y favor divinos a la Monarquía Hispánica, un mensaje trascendental que sería especialmente apreciado y difundido en un momento muy delicado del reinado del Felipe IV.

En octubre de 1629, el ambiente de crisis de la Monarquía era palpable en las calles de Madrid<sup>3</sup>. A la sangrante campaña en Flandes, habían de añadirse el frente en el norte de Italia, la presión francesa y la cada vez más tensa relación con Roma, y todo ello, en un contexto en el que la pérdida de plata procedente de Nueva España en manos de los holandeses, había redundado en la delicada situación económica de la Monarquía. Pero más allá de las implicaciones políticas, militares y económicas, estos reveses tuvieron importantes connotaciones morales y azotarían las conciencias de sus vasallos y gobernantes. Pareciera que Dios estaba castigando, o incluso que había abandonado a la Monarquía, a su primogénita, por sus pecados, y especialmente por los de su vicario: Felipe IV<sup>4</sup>. Sin embargo, el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos truncaba esta dolorosa línea de pensamiento. Con esta merced de Dios, desaparecía la angustia:

«que nos seguia la fortuna (mas cierto la ira de Dios) en todas partes: mentiras aprehendidas por verdades [...] no hay que temer, hallandote con Principe»<sup>5</sup>.

---

la vida de este príncipe, pero sobre todo, por las ceremonias de su muerte. Haciendo uso de la metodología defendida por el antropólogo Clifford Geertz, la *thick description* o descripción densa, y en el marco de los estudios de Corte, hemos analizado interpretativamente diversas fuentes, tales como, relaciones de sucesos, correspondencia de la época, grabados, sermones y demás rastros textuales relativos al ritual funerario de Baltasar Carlos, para avanzar en el conocimiento de la organización de la Monarquía Hispánica, las relaciones cortesanas y su posición en el contexto europeo en torno a 1646.

<sup>2</sup> LAZARRAGA, 1630: 89.

<sup>3</sup> ELLIOTT, 2004: 440.

<sup>4</sup> Esta es una idea compartida por los principales estudiosos del gobierno de Felipe IV y el valimiento del Conde Duque de Olivares; véase ELLIOTT, 2004: 438. STRADLING, 1989: 150. Del mismo modo, la correspondencia que a partir de 1643 mantuviera Felipe IV con la monja Sor María de Ágreda, refleja esta asimilación entre moralidad y razón de Estado (BARANDA, 1991: 14)

<sup>5</sup> LAZARRAGA, 1630: 107-108.

Así, el 17 de octubre de 1629, la Monarquía recuperaba la esperanza, encontraba una legitimación de sus empresas, y reafirmaba su papel como primogénita y «mayorazgo de la Iglesia»<sup>6</sup>. Y así se recordaría dos décadas más tarde, en torno a 1640, cuando los conflictos europeos e internos de la Monarquía Hispánica se recrudecían: «Esta es la esperanza de la Iglesia, y la delicia del orbe todo»<sup>7</sup>.

Sin embargo, este suceso no podría detener la delicada situación por la que atravesaba la monarquía, así como la crisis del valimiento del Conde Duque de Olivares, contexto que, al mismo tiempo, marcaría la educación del Príncipe y la tardía formación de su Casa. Llevada a cabo por su Aya, la Condesa de Olivares, y seguida muy de cerca por su marido, la severa educación de Baltasar Carlos procuró aislar al Príncipe y evitar así que otras facciones cortesanas pudieran desacreditar al valido ante el futuro heredero, como reflejara el embajador veneciano Contarini:

«El príncipe está siempre entre las damas de palacio, sin hablar con caballeros de su edad, y tan sometido a la obediencia de la condesa de Olivares, que sin su permiso no da un solo paso. [...] Pero el conde-duque, celoso de la privanza y del afecto tiernísimo de su padre, lo retrasaba para que nadie diga al príncipe cosas suyas que puedan desacreditarle. Y para afirmarse en su gracia le visita todas las tardes en su estancia, usando toda su diligencia para cautivarle y hacerse amar de él»<sup>8</sup>.

Tan celoso de la privanza del Príncipe era el Conde Duque que incluso se opondría en varias ocasiones a poner Casa a Baltasar Carlos cuando éste alcanzó la mayoría de edad, rechazando los presupuestos<sup>9</sup>. Pretendía, de nuevo, Olivares mantener al heredero alejado de otras influencias cortesanas, lo que le valdría la enemistad de la Reina e, incluso, precipitaría la ruptura entre el valido y Felipe IV<sup>10</sup>. De hecho, el 12 de junio de 1643, sólo tras la salida de la Corte del Conde Duque de Olivares, el monarca disponía que se formara la Casa del Príncipe, y que todos los nombramientos se hicieran de entre los criados de la Reina<sup>11</sup>. Desde entonces, Baltasar Carlos ocuparía los aposentos que hasta entonces habían pertenecido al valido, mitigando los celos sobre una posible reaparición de Olivares en la Corte<sup>12</sup>.

Cabe destacar el carácter aristocrático y equilibrado de esta Casa, como se observa, por ejemplo, a través de los nombramientos de las personas que rigieron tres de las secciones más relevantes de la misma: Casa, Cámara y Caballeriza, gobernadas respectivamente por el Mayordomo Mayor, el Sumiller de Corps y el Ca-

<sup>6</sup> *Ibidem*, 107.

<sup>7</sup> PELLICER DE OSSAU Y TOVAR, 1641: 137.

<sup>8</sup> LUJÁN, 268 (Barcelona, 1990): 123.

<sup>9</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, GALLEGO, 1986: 472.

<sup>10</sup> STRADLING, 1989: 186. ELLIOTT, 2004: 709.

<sup>11</sup> AGP, Histórica, caja 113, exp. 8.

<sup>12</sup> ELLIOTT, 2004: 717.

ballerizo Mayor<sup>13</sup>. Mientras el primer oficio quedaba vacante, el segundo sería ocupado por Don Fernando de Borja, Gentilhombre de Cámara del Rey y contrario a la política de Olivares. Por otra parte, el oficio de Caballerizo Mayor recaía sobre Don Luis de Haro, así mismo Gentilhombre de Cámara del Rey, y sobrino del Conde Duque. De los nombramientos de estos dos personajes, dos figuras fundamentales en la carrera por ocupar el vacío dejado por el valido, se colige el intento por mantener cierto equilibrio entre las distintas facciones cortesanas.

Un momento fundamental en la formación política del heredero llegaría en 1645. Desde 1642, Felipe IV, en el contexto de la revuelta catalana y ante la presión francesa, había emprendido una serie de jornadas a los reinos de Aragón, Navarra y Valencia, con el objetivo de estimular la lealtad y confianza hacia el Rey y la Monarquía entre unos reinos que se habían visto perjudicados por las políticas castellanizantes y uniformistas del Conde Duque de Olivares<sup>14</sup>, y de esta forma, granjearse su apoyo para proveer y financiar los ejércitos<sup>15</sup>. Es en este contexto en el que se deben interpretar las jornadas del Príncipe Baltasar Carlos en 1645 y 1646. Y es que, tras la muerte de la Reina, Felipe IV decidía que el heredero le acompañara, para evitar que se quedase solo en Palacio e iniciarle el gobierno de los reinos de la Monarquía<sup>16</sup>.

Especialmente importante resultaba la adhesión del Reino de Aragón, frente principal de la campaña catalana que venía sufriendo los inconvenientes derivados del alojamiento de las tropas. Así, Felipe IV necesitaba acallar el descontento, para lo que utilizaría su propia presencia, la ceremonia, y en 1645, el juramento del Príncipe Baltasar Carlos ante el Reino:

«por esta causa su Magestad, que viva, i reine muchos años, como piadoso Rei, desde el año 1642, hasta el presente, con amoroso cariño, ha favorecido el Reinos de Aragon con su asistencia, i defendidole con sus poderosas armas. I en este de 1645, echò el sello a los favores, ennobleciendole con la Real presencia del Principe nuestro Señor»<sup>17</sup>.

Ante la ceremonia del juramento del Príncipe, el reino se sentía beneficiado y distinguido, una ceremonia en la que Aragón juraba fidelidad a Baltasar Carlos como heredero de la Monarquía, al tiempo que veía como éste reconocía y ratificaba sus fueros y privilegios. Una vez concluido el juramento, el 20 de septiembre

<sup>13</sup> *La Casa del Príncipe Baltasar Carlos*, AGP, Histórica, caja 113, exp. 9.

<sup>14</sup> ÚBEDA DE LOS COBOS, 2005: 36.

<sup>15</sup> *Carta de Felipe IV al Marqués de Valero de 3 de mayo de 1643*, AHPZ, ES/AHPZ P/1-241-4-4.

<sup>16</sup> UZTÁRROZ, 1646: 101-107.

<sup>17</sup> *Relación del juramento de los fueros de Aragón que hizo el Serenísimo Principe Don Baltasar Carlos de Austria en la Iglesia Metropolitana de la ciudad de Zaragoza el 20 de agosto de 1645. Sucesos de los años 1645 y 1646*, BN, MSS/2377, f. 94 bis.

de 1645, el rey elevaba ante las Cortes del reino una petición de ayuda para el desarrollo de las campañas militares, reflejando y renovando la esencia pactista de las relaciones entre la Monarquía y sus reinos<sup>18</sup>. En aquella ocasión, rogaba el rey a las Cortes que dirimieran esta petición con la mayor brevedad posible, «porque en tiempo de tantas turbaciones piden las materias más breve resolución»<sup>19</sup>. Sin embargo, los cuatro brazos de las Cortes aragonesas tardarían más de un año en llegar a un acuerdo, reflejando un cambio en la balanza de las relaciones entre el rey y sus territorios que ante el recrudecimiento de la situación política y económica de la monarquía y la caída del valido, habían visto reforzada su posición en la negociación<sup>20</sup>. No en vano, el Reino de Aragón intentaría tomar ventaja de la necesidad acuciante del monarca<sup>21</sup>, algo de lo que Felipe IV se quejaría ante su amiga y confidente, Sor María de Ágreda:

«que temo no han de conceder á tiempo el servicio que se les pide sólo para su propia defensa[...] veo que tratan de venderse, aspirando unos a este beneficio y otros á aquél»<sup>22</sup>.

Tras el juramento del Príncipe Baltasar Carlos en Aragón y la petición elevada por el rey a las Cortes del reino, Felipe IV y su hijo se dirigirían a Valencia y, tras pasar el invierno en Madrid, a Navarra, donde se repetirían ambas ceremonias. En Pamplona, las fiebres *tercianas* padecidas por el heredero, retendrían al monarca, retrasando su llegada a Zaragoza, desde donde se reclamaba su presencia para avanzar en las negociaciones con los brazos del reino de Aragón y clausurar las Cortes. Finalmente, el sábado 2 de junio de 1646, Felipe IV y Baltasar Carlos entraban en Zaragoza. Durante los meses siguientes, al mismo tiempo que se desarrollaban las conversaciones con las Cortes, se avanzaría en las negociaciones del matrimonio del Príncipe, quien, en un intento por fortalecer los lazos entre el Imperio y la Monarquía, y reforzar la situación hispana en el contexto europeo, sería comprometido con su prima Mariana de Austria.

El compromiso se concretaba en julio de 1646, aunque habría que esperar hasta octubre para que se recibiera la dispensa papal. Sin embargo, ni siquiera esto aseguraría la celebración de este matrimonio. Finalmente, Mariana de Austria se convertiría en Reina de las Españas, pero no al lado del Príncipe Baltasar Carlos, quien fallecería días después de la feliz noticia, «rendido en cuatro días de la más violenta enfermedad que dicen los médicos han visto nunca.»<sup>23</sup>

<sup>18</sup> ROBOT GARCÍA, 2004: 64.

<sup>19</sup> *Propuesta de Rei Don Felipe nuestro Señor a las Cortes generales de Aragon a XX de septiembre. Sucesos de los años 1645 y 1646*, BN, MSS/2377, f. 104.

<sup>20</sup> ROBOT GARCÍA, 2004: 64.

<sup>21</sup> MORTE ACÍN, 2010: 352.

<sup>22</sup> SILVELA, 1885: 128.

<sup>23</sup> *Ibidem*, 165.

## LA MUERTE DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS

«El Príncipe de España y de dos mundos, recibidos los 3 sacramentos, con harta brevedad como lo fue la enfermedad, dio el alma a su criador a 9 de octubre al anochecer. Hasta el 16 se hizieron muchos sufragios, missas, ets., y aquella noche lo llevaron al Escorial y lo llevo y acompaño el Señor Arzobispo a su costa»<sup>24</sup>.

Con estas someras palabras, la muerte del Príncipe Baltasar Carlos se suma al resto de fallecimientos del año 1646 recogido por el libro de defunciones del Arzobispado de Zaragoza, sin más señas ni distinciones que pudieran hacer referencia a su posición. Pareciera aflorar así, el poder igualador de la muerte, algo que, por otro lado, poco tendría que ver con la actividad frenética que se desarrollaría desde que el heredero cayera enfermo y, fundamentalmente, tras su muerte. Es entonces cuando, a través de toda una serie de ceremonias, se desplegaría el ritual regio de la muerte, fuertemente codificado y jerarquizado, no sólo por su valor ejemplificador o propagandístico, sino también por las connotaciones políticas y cortesanas que reflejaría. Y es que, estas ceremonias han de abordarse como espejos de una época e incluso como instrumentos de la construcción del Estado<sup>25</sup>.

Estas ceremonias fúnebres de los Asturias hispanos que serían definitivamente sistematizadas en las *Etiquetas Generales de Palacio* a partir de 1647, contaban con un prólogo fundamental que recogía las exigencias de salvación impuestas por la muerte barroca al católico y codificadas en las *Artes del bien morir*<sup>26</sup>. Estos manuales reflejaban las condiciones e instrumentos sagrados que podrían favorecer la recuperación del enfermo o, en el peor de los casos, la salvación de su alma. No en vano, «la enfermedad del cuerpo nace de la del alma»<sup>27</sup>, y por consiguiente, su principal remedio no se hallaría en los tratamientos de los galenos, sino en los divinos<sup>28</sup>. Así, el enfermo debía afrontar su muerte con resignación, sin aspavientos, mientras recibía y aceptaba los instrumentos divinos: los sacramentos y la intercesión de los santos.

El Príncipe Baltasar Carlos caía enfermo el día 5 de octubre, durante la celebración de las vísperas del segundo aniversario de la muerte de su madre, y durante cuatro días yacería moribundo en el lecho<sup>29</sup>. Felipe IV, inquieto, mandaba que se preguntase a los médicos por el estado de su hijo, pero sobre todo,

<sup>24</sup> *Los cinco libros*, AAZ, III<sup>er</sup> Tomo, f. 678.

<sup>25</sup> MUIR, 2001, 298. RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 1989: 19.

<sup>26</sup> ARIÈS, 2005: 50-51.

<sup>27</sup> ALVARADO, 1611: 25.

<sup>28</sup> MARTÍNEZ GIL, 2000: 125.

<sup>29</sup> UZTÁRROZ, 1646: 113-125.

«si avia alguna probabilidad o esperança de que el accidente de la cabeza se tem-  
plaria aquella noche o a la mañana siguiente para que su Alteça recibiese los Santos  
Sacramentos»<sup>30</sup>.

Finalmente, las altas fiebres darían una tregua al Príncipe, quien, de esta forma, pudo confesarse con Fray Juan Martínez, recibir la comunión, vía Viático, de manos del Arzobispo de Zaragoza, Fray Juan Cebrián, y asimilar la extremaunción que le administraría el Patriarca de Indias<sup>31</sup>. Mientras tanto, las procesiones de los santos, acompañadas de las rogativas del clero, se sucedían y proyectaban tanto en Zaragoza como en Madrid, para interceder ante Dios por el Príncipe. La milagrosa Virgen de la Cogullada salía del Convento de Jesús del otro lado del Ebro en dirección a la Seo de Zaragoza, al tiempo que se preparaba la procesión de la Virgen del Portillo, defensa y amparo de esta ciudad<sup>32</sup>. Del mismo modo, en Madrid, tras la llegada de la noticia de la enfermedad de Baltasar Carlos, se acudía a visitar a la Virgen de Atocha y se programaban las procesiones de San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, santos y advocaciones que la tradición había convertido en sanadores específicamente regios<sup>33</sup>. Así mismo, existía también un objeto religioso protagonista en la muerte de los miembros de la familia real hispana: el Cristo de la Expiración<sup>34</sup>. Tan importante era esta imagen que Felipe IV viajaría con ella a todas partes<sup>35</sup>. De esta forma, tras recibir el Príncipe la comunión, Don Luis de Haro se dirigiría a la Cámara del Rey para solicitar la llave del Guardajoyas donde se guardaba este Cristo, el cual llevaría a la cabecera del lecho del moribundo, de forma que el heredero moriría sujetando la misma imagen que había acompañado en su muerte a todos los reyes de la Monarquía Hispánica desde Carlos V.

Cumplidas todas la exigencias de la buena muerte, tanto las generales como las propias de los monarcas hispanos, moría de viruelas el Príncipe Baltasar Car-

<sup>30</sup> *Relación de la enfermedad y muerte del Príncipe nuestro señor escrita por Fray Juan Martínez, Confesor de Su Majestad para el Doctor Andrés*, BN, MSS/18723/35.

<sup>31</sup> UZTÁRROZ, 1646: 118-125.

<sup>32</sup> *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos. Libro de Gestis*. ACSZ, 1646, f. 68.

<sup>33</sup> VARELA, 1990: 66-73.

<sup>34</sup> *Etiqueta General de Palacio*, AGP, Histórica, caja 53.

<sup>35</sup> ORSO, 1989: 14.

<sup>36</sup> Esta sería la causa oficial de la muerte del Príncipe Baltasar Carlos, recogida en todas las relaciones del suceso. Sin embargo, algunos viajeros franceses recogieron otros rumores al respecto que corrieron por los reinos de la Monarquía. Por un lado, François Bertaut planteaba una posible conspiración como origen de esta muerte, ya que a sus 16 años, «comenzaba a hacer sombra» (DELEITO Y PIÑUELA, 2006: 63) Por otra parte, Antoine de Brunel, en 1655, exponía el rumor más insistente sobre la muerte del heredero, según el cual, Pedro de Aragón habría ayudado a Baltasar Carlos a pasar *cierta* noche con una joven *de vida alegre*, lo que le provocaría una gran fiebre. Añadía Brunel que Pedro de Aragón confesaría este *affaire* a Felipe IV, quien le condenaría al destierro (BRUNEL, 56/130 (1922): 152) Tal habría sido la ira de Felipe IV ante

los<sup>36</sup>, concediendo cierto alivio a Felipe IV, quien confesaría el motivo de su consuelo a Sor María de Ágreda: «tengo firme esperanza de que se halla en carrera de Salvación»<sup>37</sup>.

Tras la muerte del heredero se emprendían las diligencias necesarias para arreglar el cuerpo para su exposición, trasladarlo a El Escorial, notificar el fallecimiento a los reinos y territorios de la Monarquía y para preparar las exequias que se celebrarían en ellos por el Príncipe Baltasar Carlos. Es entonces cuando empieza a desplegarse el ceremonial regio de la muerte, que como habíamos indicado, se codificaría y recogería definitivamente en las *Etiquetas Generales de Palacio* que empezarían a compilarse en 1647 y finalmente se publicarían en 1651. A la luz de las relaciones y noticias, se puede concluir que, por lo general, la muerte del Príncipe y sus celebraciones se ajustaron a dicha etiqueta. De hecho, sería el Patriarca de Indias el que, actuando como Maestro de Ceremonias, se encargaría de ello, cerciorándose de que las ceremonias se realizasen en Zaragoza tal y como solían desarrollarse en la Corte<sup>38</sup>.

Sin embargo, también pueden encontrarse algunas modificaciones o peculiaridades del ceremonial de la muerte del Príncipe que ofrecen una significativa imagen de la Monarquía Hispánica y sus etiquetas. Gran parte de estas desviaciones en el ceremonial nacieron por el hecho de que la muerte del heredero se produjese en Zaragoza y no en Madrid, particularidad que reflejaría la capitalidad de la etiqueta regia<sup>39</sup>. Así, el cuerpo del Príncipe, no podría exponerse sobre la Real Cama, imposible de trasladar desde Madrid con tanta premura, y se instalaría en el Salón Grande del Palacio Arzobispal de Zaragoza, y no en el Salón Grande del Alcázar de Madrid como era costumbre, en una ceremonia que por primera vez admitió la concurrencia de la gente común<sup>40</sup>. Del mismo modo, el cortejo fúnebre que trasladaría el cuerpo a El Escorial, seguiría un recorrido diferente al habitual, atravesando los Reinos de Aragón y Castilla<sup>41</sup>.

---

esta noticia que ni siquiera la cercanía a Don Luis de Haro, su cuñado, salvaría a Pedro de Aragón de un destierro que no concluiría hasta 1659 (CARRIÓ-IVERNIZZI, 2008: 65) En este caso y ante el carácter laudatorio de las relaciones oficiales de estos sucesos (BONET CORREA, 1990: 8), parece natural que no se incluyeran estos rumores, no sólo como un intento de defender la imagen de la Monarquía, sino para evitar pronunciar la posibilidad de que Baltasar Carlos hubiera heredado las flaquezas y aficiones amorosas de su padre y que, por consiguiente, su muerte se erigiera como un castigo de Dios al heredero y, por extensión, a su primogénita: la Monarquía Hispánica.

<sup>37</sup> SILVELA, 1885: 168.

<sup>38</sup> *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos. Libro de gestis*, ACSZ, 1646, f. 70.

<sup>39</sup> DEL RÍO BARREDO, 2000: 124.

<sup>40</sup> VARELA, 1990: 8.

<sup>41</sup> UZTÁRROZ, 1646: 132-145. *Etiqueta Generale de Palacio*, AGP, Histórica, caja 1, exp. 1. *Etiqueta General de Palacio*, AGP, Histórica, caja 53.



Junto a estas modificaciones que impuso la muerte de Baltasar Carlos en el ceremonial funerario de la Monarquía hispánica, también se distinguen ciertas peculiaridades que subrayaron la presencia y significación del Reino de Aragón y la ciudad de Zaragoza, especialmente distinguidas en las primeras ceremonias tras la muerte del heredero, y de algunas figuras de la Corte. Así, observamos que Felipe IV no enviaría las vísceras de su hijo a la Iglesia de San Gil de Madrid como marcaba la etiqueta, sino que se las entregaría a la ciudad de Zaragoza que, a su vez, las enterraba en la Catedral de la Seo<sup>42</sup>. En 1658, esta Iglesia Metropolitana encargaría una placa de mármol negro para cubrir este enterramiento localizado en el Altar Mayor, en el lado del Evangelio, una placa que subrayaría que entre estas vísceras se encontraba el corazón<sup>43</sup>. La donación de este órgano de gran significación habría sido recibido como un gesto de deferencia y afecto por parte del monarca a la ciudad<sup>44</sup>. Esta distinción volvía a evidenciarse en la elección que haría Felipe IV del prelado que acompañaría al Príncipe Baltasar Carlos hasta El Escorial. El nombramiento recaería sobre Don Fray Juan Cebrián, Arzobispo de Zaragoza y primado del Reino de Aragón<sup>45</sup>. Así mismo, en el traslado del cuerpo se observa el protagonismo de la Guardia Montada aragonesa, que escoltaría el cortejo hasta la frontera del Reino. Al otro lado, las Guardas castellanas esperaban a que la compañía aragonesa se replegaran y la comitiva avanzase. Sólo cuando ésta había cruzado la raya, las filas castellanas cerrarían el séquito, sin cruzar, en ningún momento, la frontera del Reino<sup>46</sup>. El encuentro de las guardas ofrece una imagen muy significativa que nos remite a la constitución de la Monarquía Hispánica, una monarquía construida a partir de la adhesión de distintos reinos y territorios, cuyas peculiaridades fueron respetadas en aras de su integración en un proyecto común, y que defenderían sus diferencias, especificidades y límites.

El protagonismo del Reino de Aragón en las ceremonias de la muerte del Príncipe, deben enmarcarse en el contexto de la empresa catalana. Recordemos que Felipe IV y su hijo regresaban en 1646 a Zaragoza para avanzar en las negociaciones, especialmente delicadas, con las Cortes del reino. Así, la preocupación del monarca por privilegiar a Aragón en esta ocasión podría entenderse como un in-

<sup>42</sup> *Etiqueta General de Palacio*, AGP, Histórica, caja 1, exp. 1. *Muerte del Príncipe Baltasar Carlos. Libro de gestis*, ACSZ, 1646, f. 69.

<sup>43</sup> IZQUIERDO HERNÁNDEZ, 1968: 14.

<sup>44</sup> VARELA, 1990: 78-79. Frente a la inscripción de esta placa, las relaciones oficiales no mencionan en ningún caso la donación del corazón, un hecho del que dudan los estudios más recientes sobre la muerte del Príncipe Baltasar Carlos (MAÍNO GONZÁLEZ, 1/2 (La Rioja, 1975). ANSÓN CALVO, 17 (Zaragoza, 1999))

<sup>45</sup> Este nombramiento solía recaer sobre los más altos dignatarios de la Corte Real, y entre ellos, era el Patriarca de Indias el que solía ostentar el cargo (SABATIER, EDOUARD, 2001: 51)

<sup>46</sup> UZTÁRROZ, 1646: 140.

tento por favorecer una respuesta positiva por parte de Reino a la ayuda solicitada por Felipe IV y que tanto urgía para la defensa de la Monarquía. De hecho, el día siguiente a la muerte del Príncipe, el 10 de octubre de 1646, el rey, desde su retiro en el Convento Real de Santa Engracia de Zaragoza, enviaba una instancia al Cabildo de la ciudad en la que «pedía que se tomase resolución en los cabos del servicio y alojamiento porque para su consuelo le importa irse a Madrid»<sup>47</sup>. Del mismo modo, el 17 de octubre, Felipe IV insistía en la urgencia por clausurar las Cortes<sup>48</sup>. Sin embargo, todavía debería esperar el rey unas semanas más, hasta que, definitivamente, el 3 de noviembre se celebrase el solio de las Cortes, tras lo cual abandonarían la ciudad.

Durante este tiempo, Felipe IV contó con la ayuda de Don Luis de Haro, único miembro de la Casa del Príncipe que no acompañaría al cadáver en su viaje hasta El Escorial<sup>49</sup>. De esta forma, parecía que la posibilidad de un valimiento del nuevo Conde de Olivares se reforzaba, aunque no se hiciera oficial hasta años más tarde. En cualquier caso, la evidente preferencia de Felipe IV por Don Luis de Haro, en detrimento de otras figuras cortesanas, como Don Fernando de Borja, se percibía en la Corte y fuera de ella<sup>50</sup>. Así se colige, por ejemplo, del *Purgatorio del Príncipe Baltasar Carlos* que Sor María de Ágreda relatará a Felipe IV, a través del cual, el heredero advertía a su padre de las inconveniencias del valimiento, y sobre todo del peligro de algunos de los que le rodeaban: «tenía ya el Demonio elegidas y señaladas algunas personas por cuyas manos se ejecutasen tan malos fines»<sup>51</sup>. El rey comprendía los consejos que portaban las palabras de la monja, y fue tajante en su respuesta: «Yo creo que aunque no sea de vuestra profesión tener noticia de estas cosas...»<sup>52</sup>. Sin embargo, concluiría ofreciendo a Sor María una extensa justificación de su gobierno y una defensa de Don Luis de Haro, que aunque no sería directamente mencionado por el Príncipe en su *Purgatorio*, el rey intuía que era al que hacían referencia sus palabras:

«Después [de la caída de Olivares] â aca he procurado no dar la mano a ninguno [...] y aunque es verdad que he demostrado mas confianza de algun criado ha sido porque de muchacho se crio conmigo y nunca he reconocido en el cosa fea»<sup>53</sup>.

<sup>47</sup> *Libro de gestis*, ACSZ, 1646, f. 65.

<sup>48</sup> ACA, Consejo de Aragón, legajo 1365, exp. 45, f. 1.

<sup>49</sup> GIL PUJOL, 1988: 864-867.

<sup>50</sup> La correspondencia entre Sor María de Ágreda y Don Fernando de Borja, no sólo refleja la amistad entre ambos personajes, sino también su oposición al creciente protagonismo de Don Luis de Haro en la Corte y su, cada vez mayor, cercanía al monarca (BARANDA, 1991: 33-39)

<sup>51</sup> *Relación del Purgatorio del Príncipe Baltasar Carlos por Sor María de Ágreda*, BME, h-IV-2, f. 115.

<sup>52</sup> *Carta de Felipe IV a Sor María de Ágreda de 30 de enero de 1647*, BN, MSS/9993, f. 74.

<sup>53</sup> *Ibidem*.

Al mismo tiempo que se exponía el cuerpo del Príncipe en Zaragoza y se preparaba el traslado a El Escorial, se mandaba noticia de esta muerte a los reinos y territorios de la Monarquía, ordenándoles que se celebrasen exequias en honor del heredero. Uno de los rasgos comunes a todas estas honras fúnebres sería la moderación en el gasto que se procuró imponer, por ejemplo, en los lutos<sup>54</sup>. La delicada situación económica por la que atravesaban estos reinos, se erigiría como justificación para estos recortes:

«pero considerando la estrechez del tiempo que nos hallamos, y las pocas fuerzas de esta casa, por los muchos debitos que tiene, pareció conveniente no dar las porciones que se han acostumbrado dar en otras ocasiones»<sup>55</sup>.

La misma sobriedad afectaría a la construcción de los túmulos para estas exequias, catafalcos que han calificados como aparatos, en su mayoría, «apenas menores»<sup>56</sup>. Tal sería el caso, por ejemplo, del simplificado túmulo erigido en la Catedral de Sevilla<sup>57</sup>. Por otra parte, en Madrid, la elección de la traza del aparato que se construiría para las exequias en San Jerónimo el Real, crearía ciertos problemas. El Marqués de Malpica como Superintendente de Obras Reales, actuaría como comisario de estas honras, encargándose, entre otras cosas, de todo lo referente a la construcción del túmulo, para lo cual contaría con la ayuda de los diversos oficios de la Casa que en esta ocasión estarían dirigidos por el Conde de Montalbán, Mayordomo más antiguo del Rey. Este último se mostró reticente ante la traza proyectada por Juan Gómez de Mora, Maestro Mayor de Obras Reales, hecho que el Marqués de Malpica consultaría a Felipe IV. Su respuesta resulta muy reveladora, y remite, de nuevo, a la delicada situación económica de la Monarquía:

«Remito a vuestra elección y a la de las personas a quienes os pareciere comunicarlo, la forma del tumulo con advertencia de que desseo sea de la mas moderada costa que se pidiere y de tal disposicion que pueda acabarse para el plazo que he mandado regulándolo de manera que no por esto se falte a lo decente»<sup>58</sup>.

Muy diferente sería el caso de las exequias celebradas en la Plaza del Mercado de Zaragoza, donde se erigiría un espléndido túmulo en que se subrayaba el dolor de una ciudad que había sido protagonista accidental de la muerte del Príncipe.

<sup>54</sup> ACA, Consejo de Aragón, legajo 0725, exp. 58. f. 1. AGI, Indiferente, legajo 426, exp. 13, f. 195.

<sup>55</sup> ACA, Consejo de Aragón, legajo 0725, exp. 58.

<sup>56</sup> GÁLLEGO, 187-188 (Madrid, 1985): 122.

<sup>57</sup> BAENA GALLÉ, 1992: 81-82.

<sup>58</sup> AGP, Histórica, caja 76, exp. 11. Allo Manero añade una interesante interpretación de estos problemas a la hora de elegir una traza para el túmulo del Príncipe en la Corte, asegurando que las reticencias del Conde de Montalbán ante el primer aparato proyectado no respondían tanto a una cuestión pecuniaria sino de índole estética. Del mismo modo, asegura que el ahorro en el tiempo de ejecución y en el gasto no sería, en ningún caso el deseado (ALLO MANERO, 1992, vol. 2: 519-520)

Las representaciones privilegiadas de los reinos de la Corona de Aragón copiarían un programa iconográfico «en el que interesa subrayar ante todo la presencia y representatividad de la ciudad de Zaragoza»<sup>59</sup>, donde, al fin y al cabo, en sólo 15 meses, el Príncipe había pasado «del Tablado de la Iura, al Tumulo del entierro»<sup>60</sup>.

*Consecuencias de la muerte de la esperanza de los reinos y «el reparo de la Monarquía»*<sup>61</sup>

El estudio de la muerte del Príncipe Baltasar Carlos y las ceremonias fúnebres que la siguieron nos han permitido adentrarnos en el conocimiento de la Monarquía Hispánica en torno a 1646: su constitución, debilidades, relaciones cortesanas y los instrumentos que se emplearon para su integración. Ahora intentaremos ofrecer un bosquejo de cómo esta muerte afectaría a esa misma Monarquía y a las conciencias de sus vasallos.

Comenzábamos este artículo apuntando algunas de las consecuencias del nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos, que resolvía la sucesión dinástica y se erigía como un mensaje divino de apoyo a la Monarquía, «mayorazgo de la Iglesia»<sup>62</sup>. Así, las repercusiones de su muerte correrían de forma paralela.

Desde que en 1644 falleciera la Reina Isabel de Borbón, Felipe IV había rechazado las proposiciones del Consejo de Estado para que volviera a contraer matrimonio, ya que con un heredero varón que crecía sano, la sucesión parecía asegurada. Sin embargo, tras la muerte de Baltasar Carlos, la Infanta Doña María Teresa quedaba en primer lugar en la línea sucesoria, una solución poco deseable teniendo en cuenta que en el momento en que ésta contrajera matrimonio, el trono sería ocupado por un Príncipe extranjero: «porque no se abra puerta al extranjero príncipe, que suele ser ruina de Monarquías, motivos de guerras civiles, de sediciones»<sup>63</sup>. Felipe IV debía volver a tomar estado para intentar dar un nuevo heredero a la Monarquía, y la solución la encontraría en la carta de pésame que le remitiese el Emperador Ferdinando III, carta en la que éste le ofrecía a su hija<sup>64</sup>. Así, Mariana de Austria, prometida del Príncipe, se convertiría definitivamente en Reina y madre del futuro rey, Carlos II.

La muerte del Príncipe Baltasar Carlos, también repercutiría en el ánimo y conciencia de los vasallos de la Monarquía, que como reflejaran algunos de los jero-

<sup>59</sup> ALLO MANERO, 1992, vol. 2: 532.

<sup>60</sup> ABELLA, 1646: 11.

<sup>61</sup> SILVELA, 1885: 166.

<sup>62</sup> LAZARRAGA, 1629: 107.

<sup>63</sup> SALMERÓN, 1646: 22.

<sup>64</sup> SILVELA, 1885: 180.

glíficos trazados para sus exequias, lloraban la pérdida de su esperanza<sup>65</sup>, el «edificio de su restauración»<sup>66</sup>. Los sermones pronunciados en las honras fúnebres del Príncipe serían los encargados de ofrecer consuelo y hallar la motivación de este fallecimiento, el mensaje divino que se ocultaba tras la enfermedad y muerte del heredero que, en última instancia, respondía a la voluntad de Dios. Sin embargo, la mayoría prefirió obviar esta explicación, y los pocos que la buscaron, no encontrarían una interpretación satisfactoria<sup>67</sup>. Y es que, este mensaje podría llegar a ser especialmente doloroso y peligroso para la Monarquía, tanto, que sólo un sermón lo reflejó:

«parece que descaece la Monarquía de España y que la de Francia con culto de la verdadera Fe ha de ser la única en quien tenga el mundo su término»<sup>68</sup>.

Sin embargo, otras prédicas se apresuraron a negar cualquier atisbo de la posibilidad de que Dios hubiera retirado su favor a su primogénita, subrayando el Socorro de Lérida del 22 de noviembre de 1646 como una señal de la asistencia de Dios a la Monarquía Hispánica<sup>69</sup>, y contribuyendo, así, al fortalecimiento de la institución<sup>70</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, P., *Oración fúnebre en las exequias que la Imperial Ciudad de Çaragoça hizo a la muerte de su Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria en la Santa Iglesia Metropolitana*, Zaragoza, 1646.
- ALLO MANERO, M. A., *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza, 1992.
- ALVARADO, A., *Arte de Bien Morir y guía del camino a la muerte*, Valladolid, 1611.
- ÁLVAREZ DE FARIA, P., *Relación de las funerales exequias que hizo el Santo y Apostólico Tribunal de la Inquisición de los Reinos del Perú al Serenísimo Príncipe de las Austrias, Jurado de las Españas, Don Baltasar Carlos de Austria*, 1648.
- ANDRÉS UZTÁRROZ, J. F., *Obelisco historico i honorario que Zaragoza erigio a la memoria del Señor Don Baltasar Carlos de Austria*, Zaragoza, 1646.
- ANSÓN CALVO, M. C., «Baltasar Carlos y Zaragoza. Apuntes de un recuerdo», *Cuadernos de Zaragoza*, 17 (Zaragoza, 1999): 1-21.

<sup>65</sup> ÁLVAREZ DE FARIA, 1648: 14.

<sup>66</sup> ABELLA, 1646: 3.

<sup>67</sup> NEGREDO DEL CERRO, 2006: 462.

<sup>68</sup> SALMERÓN, 1646: 33.

<sup>69</sup> PAYNO, 1647: 22.

<sup>70</sup> FERNÁNDEZ DE LA FLOR, 1989: 52.

- ARIÈS, Ph., *Historia de la muerte en occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, Acantilado, 2005.
- BAENA GALLÉ, J. M., *Exequias Reales en la Catedral de Sevilla durante el siglo XVII*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1992.
- BARANDA, C. (ed), *María de Jesús de Ágreda. Correspondencia con Felipe IV. Religión y Razón de Estado*, Madrid, Castalia, 1991.
- BONET CORREA, A., *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al Barroco Español*, Madrid, Akal, 1990.
- BRUNEL, A., «Voyage d'Espagne», *Revue hispanique*, 56/130 (1922)
- CARRIÓ-INVERNIZZI, D., *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana, 2008.
- DEL RÍO BARREDO, M. J., *Madrid, urbs regia: la capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- DELEITO Y PIÑUELA, J., *El rey se divierte*, Madrid, Alianza, 2006.
- ELLIOT, J. H., *El Conde Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 2004.
- GÁLLEGO, J., «Aspectos emblemáticos en las relaes exequias españolas de la casa de Austria», *Goya*, 187-188 (Madrid, 1985): 120-125.
- GIL PUJOL, X., *De las alteraciones a la estabilidad. Coronas, Fueros y Política en el Reino de Aragón*, Barcelona, 1988.
- IZQUIERDO HERNÁNDEZ, M., *Bosquejo histórico del Príncipe Baltasar Carlos de Austria*, Madrid, Gaceta Médica Española, 1968.
- LAZARRAGA, C., *Fiestas de la Universidad de Salamanca al nacimiento del Principe Don Baltasar Carlos*, Salamanca, 1630.
- LUJÁN, N., «El Príncipe Baltasar Carlos», *Historia y Vida*, 268 (Barcelona, 1990): 122-125.
- MAÍNO GONZÁLEZ, J., «Baltasar Carlos y Zaragoza», *Cuadernos de Investigación: Geografía e historia*, 1/2 (La Rioja, 1975): 95-100.
- MARTÍNEZ GIL, F., *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.
- MORTE ACÍN, A., *Misticismo y conspiración. Sor María de Ágreda en el reinado de Felipe IV*, Zaragoza, Fernando el Católico, 2010.
- MUIR, E., *Fiesta y rito en la Europa Moderna*, Madrid, Editorial Complutense, 2001.
- NEGREDO DEL CERRO, F., *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Actas, 2006.
- ORSO, S., *Art and death at the Spanish Habsburg Court. The Royal Exequies for Philip IV*, Columbia, University of Missouri Press, 1989.

- PAYNO, A., *Oracion fúnebre que consagra al rey nuestro Señor Filipe III en la Pompa que la ciudad de Orense hizo al Serenissimo Principe Don Baltasar Carlos de Austria*, Madrid, 1647.
- PELLICER DE OSSAU Y TOVAR, J., *La fama austriaca*, Barcelona, 1641.
- ROBOT GARCÍA, L. A., «Conflicto y lealtad en la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII», en AA.VV., *La declinación de la Monarquía Hispánica*, Universidad de Castilla la Mancha, 2004.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F., *Atenas Castellana. Ensayos sobre la cultura simbólica y fiestas en la Salamanca del Antiguo Régimen*, Salamanca, Consejería de Cultura y Bienestar Social, 1989.
- SABATIER, G., y EDOUARD, S., *Les monarchies de France et d'Espagne (1556-1715)*, París, Arman Colin, 2001.
- SALMERÓN, M., *Rapsodia funebre, motivos de dolor y exemplares de consuelo a la breve vida y temprana muerte del Serenissimo Señor Don Baltasar Carlos, vicesimo Principe Jurado de las Españas*, Valencia, 1646.
- SILVELA, F. M., *Cartas de Sor María de Ágreda y Felipe IV. Bosquejo histórico*, Madrid, 1885.
- STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España. 1621-1665*, Madrid, Cátedra, 1989.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., y Gállego, J. A., *La crisis de la hegemonía española, siglo XVII*, Madrid, Rialp, 1986.
- ÚBEDA DE LOS COBOS, A. (ed), *El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro*, Madrid, El Viso, 2005.
- VARELA, J., *La muerte del rey: el ceremonial funerario de la Monarquía española. 1500-1885*, Madrid, Turner, 1990.